



TEJIENDO REBELDIAS

escritos feministas de

Julietta Kirkwood

hilvanados por Patricia Crispi

BEIJING REBELS



© CEM, LA MORADA
Nº de Inscripción: 67533

Diseño Gráfico: Jessie Cintolesi

Fotografías:

Riet Delsing, pág. 2; Eugenia Lorenzini, págs. 20, 48, 84;
Marcela Briones, pág. 22; Acción de arte Lotty Rosenfeld, pág. 34;
Archivo Eliana Largo, págs. 58, 134; Archivo U. de Chile, pág. 72;
Revista Clan, pág. 98;
Alvaro Hoppe, pág. 112; Ana María Arteaga, pág. 125.

Se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 1987
Imprenta Arancibia Hnos.
Santiago de Chile

TEJIENDO REBELDIAS

escritos feministas de

Julieta Kirkwood

hilvanados por Patricia Crispi

CEM

Centro de Estudios de la Mujer

Casa de la Mujer

La Morada

Cuentan que en la caída de la "República de los 12 días", en cierto Ministerio y en medio de alborotados funcionarios salientes que cargaban documentos, archivos, máquinas de escribir y hasta algún mobiliario, surgió de pronto como súbita y alarmada conciencia una voz de ruego: "*Compañeros: ¡Los relojes, no!*"

Este simpático episodio se unió en mi percepción a la lectura, desde el título mismo, del artículo *La Liberación de la Mujer, una Tarea del Hombre...*

Con una situación de ánimo inconfortable recordé la frase de un párroco francés de provincia leída en una novela pretérita que me había impresionado fuertemente: "*Y si no tienen las palabras para expresarse es que hasta eso les hemos quitado*" había dicho, refiriéndose a la imposibilidad de expresión de las gentes más miserables de su parroquia. Era natural, entonces, sentirse profunda y confusamente conmovida por aquéllos que habían sido privados hasta de la palabra, símbolo y último reducto de expresión de la cualidad humana.

Hoy pienso, tal vez exageradamente, que aquéllos podríamos ser también *nosotras*, las mujeres, las mismas que nos hemos propuesto realizar *nuestra y sólo nuestra responsabilidad de exigir que se cumplan los derechos de la mujer*

Se teme que con ello privemos a los hombres de la tarea ineludible de solidarizar con las víctimas de un trato injusto. También se desconfió de nuestro derecho exclusivo al uso de las palabras *liberación femenina* y se sostiene: "*Esa es una tarea del hombre...*"

Nosotras pensamos: "*Alguien nos está quitando las palabras; alguien está diciendo nuestras palabras de otra forma*"... Y sabemos lo que significa privar a un grupo de la novedad de su propuesta, de la íntima pertenencia de su protesta.

Es verdad que la sujeción de la mujer no es sólo una situación presente; y es verdad que desde siglos se encuentra arraigada en la humanidad la diferenciación determinista y biológica; es cierto también que la protesta no es un invento reciente y desde siempre debe haber estado inscrita en la sujeción de la mujer. Pero también es cierto que cuando miramos hacia atrás, buscando nuestra historia, sólo encontramos un pasado *invisible* —justamente por haber sido narrado por los hombres, con sus palabras—. Hemos visto también, cuáles son las trazas de nuestra liberación cuando ésta ha sidotarea del hombre.

Cuando en 1789 se pensó que la razón, el libre albedrío y la fraternidad humanas se convertirían en los principios rectores de una nueva sociedad, a las mujeres, mediante un limpio corte de palabras que hacían referencia a *razones de naturaleza*, se las dejó fuera de aquella razón, libertad, igualdad y fraternidad. (En honor a las

escrito y publicado en revista *Análisis* como respuesta a "La liberación de la mujer, una tarea del hombre", artículo del periodista Raúl Gutiérrez, aparecido en una edición anterior (octubre 1979) del mismo semanario

Análisis nº 19
diciembre 1979

mujeres de esa historia recordemos que el corte fue impuesto por la razón, la fraternidad y la fuerza masculina como resultado, precisamente, de esa tarea asumida para la liberación de la sociedad).

¿De cuál sociedad?... nos seguiremos preguntando... pero con nuestras palabras. Porque al sentimiento conmovido, doloroso, experimentado por el escamoteo de la palabra, hemos de agregar la estupefacción, la ira, la sensación de manoseo y utilización; pero al mismo tiempo, el imperioso deseo y la voluntad de aclarar esos equívocos.

La liberación de un sector o de un grupo sometido o discriminado es un TODO irrenunciable para ese sector o grupo. Cuando decimos que es *nuestra y sólo nuestra* la tarea de liberarnos, estamos afirmando una condición sin la cual la liberación se hace imposible, insostenible. Esa condición es la propia rebeldía de aquéllos que, como grupo, buscan la liberación.

La rebeldía es, en su primer momento, un acto individual, de conciencia de sí de una persona que careciendo de identidad, lucha por conquistarla. La rebeldía es el NO que se pronuncia cuando se busca oponer límites a la acción perversa del mundo; es el NO que implica a la vez la negación a una intromisión indebida del mundo, una afirmación del propio derecho. La rebeldía es el NO que se pronuncia y se realiza sólo cuando se cree, no importa cuán confusamente, que se tiene la razón.

Pero aún más, la rebeldía es el rechazo a una situación cuando se es capaz de ver y de tener conciencia de esa propia forma de ver; cuando se ve y se niega el mal contenido en la situación anterior; cuando es posible sobrepasar los límites opuestos por el Orden que nos niega.

Sólo entonces de esa conciencia podrá nacer la liberación, ese todo irrenunciable y único capaz de develar la nada de la situación anterior.

Si es a esa liberación a la que aspiramos, nadie podrá regalarnos, ni tomar por nosotras, esa conciencia; y es pretendiendo esa liberación que lamentamos y rechazamos la apropiación que se hace de nuestros términos.

Luego de esa primera toma de conciencia, y *jamás* sin esa toma de conciencia individual, podrá el fin de la liberación atribuirse a todos los hombres. Será entonces cuando el individuo humano podrá levantarse por todas las existencias al mismo tiempo; y será entonces, sólo entonces, cuando pueda asumirse como parte irrenunciable de la humanidad.

Antes, ningún compañero, esposo o amigo podrá llevarnos de la mano hacia esa liberación, ni pretender saltar por encima de la conciencia femenina necesaria.

La liberación no se regala, ni se concede, ni se compra; se

hace, y se va haciendo sólo en la medida en que se concrete en la realidad, y, al hacerse, se irá dando sus propias luces.

Liberarnos juntos en la sociedad, ¡sí! Liberar al ser humano de la opresión y la discriminación, ¡sí!, pero, cada uno, previamente mirando dentro de sí mismo aquello que lo pervierte y que lo niega, para luego emprender, en conjunto, la tarea que hemos de llevar a cabo en el futuro.

Las ideologías en ascenso no siempre llevan su trazo claro; ni tienen que llevarlo si no quieren sucumbir en el error.

Solamente la recuperación de cada interioridad femenina y, el reconocimiento e identificación con las "otras" interioridades femeninas semejantes –por confusamente que sea percibido desde fuera– nos podrá abrir la posibilidad de seguir los rumbos de la liberación. Para ello necesitamos reservarnos la integridad de nuestras palabras; para ello, si es preciso, reclamaremos el derecho de exigir: "*Señores, las palabras... ¡no!*".